

Necesítase, además, aquilatar el valor del testigo.

Es necesario examinar su honradez, su competencia intelectual y su vida, para saber si sus actos corresponden á sus afirmaciones.

La primera garantía de la veracidad de un testimonio, es su honestidad, su honradez.

El sentido popular, que nunca se engaña, ha inspirado á la justicia humana, exigir de los testigos un juramento.

Y en esto el pueblo tiene razón completa: el juramento atestigua la presencia de Dios á quien se invoca.

El juramento hace que el hombre, si no es un perjuro, se eleve á la más alta moralidad.

El hombre que presta juramento se comunica por eso mismo con Aquel que es bueno, que es perfecto, que sabe todo, que ve todo.

Los ateos dicen que no se necesita el juramento, que basta la conciencia, que es la voz que dice al hombre si ha obrado bien.

Y, ¿quién juzgará, ante los principios del ateísmo, que la conciencia obra bien?

Los ateos agregan que el orden social indica lo que es bueno y lo que es malo.

Pero, ¿qué cosa es el orden social sin la eterna justicia de Dios?

El orden social, sin la justicia de Dios, no es más que el reino de los más fuertes.

O la conciencia queda reducida á sí misma, como lo quiere el ateísmo, y entonces se derrumba como un edificio sin base, ó es el reflejo de la justicia absoluta, eterna é inmutable, y entonces es preciso venerarla, es necesario protegerla.

Todo testigo debe tener por garantía de su palabra, la honestidad de la conciencia, la cual queda probada ó por el acto solemne de un juramento verídico, ó por algún signo cierto que permita reconocerla.

Cristo, desde el punto de vista de la santidad moral, es un prodigio que admira y encanta.

La belleza, la elevación y la santidad de Cristo, han ennoblecido y han deslumbrado á la especie humana.

Examinando, página por página, la historia de la humanidad, no se encuentra un solo ejemplo de un hombre que haya llegado á la altura á que llegó Cristo.

El hombre es arrastrado en tres direcciones: por la conciencia, por los intereses, por los instintos.



La conciencia lo lleva al bien y á la honestidad; el interés lo solicita hacia lo útil, los instintos lo estimulan hacia el placer.

La conciencia es frágil; el interés ávidamente buscado, nos aprisiona en el egoísmo; el placer enciende nuestras concupiscencias y nos conduce al exceso.

Cristo escapa á esta fatal corrupción.

Su conciencia era la manifestación de la voluntad del Padre celeste: la voluntad de Dios es la perfección misma; y siguiéndola Cristo, dócil, realizó la perfección absoluta en su existencia humana.

Su alimento decía que no era otro más que cumplir la voluntad de su Padre.

Los intereses de Cristo no eran más que dos: la gloria del Señor y el bien de la humanidad.

Oraba en los campos solitarios, y después evangelizaba á las muchedumbres, llevándolos la buena palabra.

Atendía á los enfermos, á los ciegos, á los paralíticos, á los epilépticos, á los locos: todos iban á pedirle su curación y los curaba, y era un concierto de bendiciones el que sobre El caía, de parte de aquéllos que recobraban la salud.

Su vida era una corriente inagotable de beneficios.

En cuanto á los placeres, el único goce de Cristo consistía en hacer el bien.

“Maestro, le decían sus discípulos, ven á comer, y Jesús respondía: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre.”

Si la santidad del hombre se mide por la perfección de la regla á la que obedece, no hay santidad comparable á la de Cristo, porque no tuvo otra voluntad, que la voluntad de aquél que lo enviara.

Requíérese, también, examinar la competencia intelectual del testigo, para poder apreciar el valor de su testimonio.

La divinidad de Cristo, afirmada por El, es un hecho de conciencia, un hecho interior, un hecho del que tiene no solamente el sentimiento, sino la visión, un hecho que no podemos penetrar, como no podemos penetrar el respeto ó la afeción que alguien nos muestra.

Alguno nos dice: *yo os estimo*; no puede penetrarse, no puede conocerse ese sentimiento que se nos muestra; pero la conducta que con nosotros se observa, y que nos afirma esa estimación, nos



da una prueba para creer en ese hecho interno é invisible.

Cristo dijo: Yo soy el Hijo de Dios.

Esta afirmación no es una teoría, ni un sistema: es un hecho divino que escapa á nuestra mirada, pero que él nos da la prueba de su certidumbre.

Su palabra es una declaración, para la cual pide nuestra fe.

Cristo atestigua un hecho de conciencia, un hecho que El conoce.

En tal caso, sólo dos hipótesis son posibles: ó el testigo se engaña sobre el hecho que afirma ó no se engaña. Si lo primero es un alucinado; si lo segundo es un sabio.

Y Cristo, ¿es un sabio ó un alucinado?

Enunciar la cuestión es resolverla.

La vida de Jesús no admite la hipótesis de la alucinación.

Cuando un alucinado habla, puede turbar por un instante el pequeño medio doméstico en que se agita; puede quizá conmover una aldea, una ciudad; puede atraerse la atención de un público ligero y frívolo, la atención de algunos sabios; pero á poco tiempo sus doctrinas quedan como una

pequeña piedra rota por la locomotora al pasar.

La afirmación de Cristo, llamándose Hijo de Dios, ha puesto en movimiento á todo un pueblo, á las grandes familias de Israel y á una nación entera. Ha encontrado esa afirmación el medio de penetrar en el mundo romano, para renovar á los filósofos escépticos, á los senadores soberbios, á esa multitud aplastada por el vicio, la lujuria y la indiferencia.

Esa afirmación no sólo ha destruido á ese mundo corrompido, sino que ha hecho de los bárbaros un pueblo nuevo y civilizado, formando sus conciencias y domándolos.

Esa afirmación, aun hoy mismo, en un mundo fatigado de doctrinas, de filosofía de escritores, de política y que busca algo que lo conmueva, esa afirmación se hace sentir y llena con su grandeza á las sociedades de hoy.

Una palabra que ha logrado tanto, no puede ser la palabra de un alucinado.

Y menos puede serlo, cuando esa palabra formuló una doctrina que conquistó la oposición y el ódio de sus contemporáneos, las amenazas, las persecuciones y la muerte.

Padecer y morir por la verdad, ser tratado por



causa de ella como un malhechor público, es la más hermosa suerte, es el privilegio de los profetas.

Jesús marchó el primero en esa vía heroica, desconocido por su pueblo y casi por todos sus contemporáneos.

No hay en este mundo más que una grandeza que resiste á todo: la de un testigo veráz.

Por el testigo viven las familias; la mujer cree en la fidelidad de su esposo y el marido en la de su mujer.

Por el testigo existe la justicia; por el testigo duran los reinos.

La Iglesia vive también por el testigo; y, por el testigo, la divinidad de Jesús se ha implantado en la conciencia humana.

Ante esas demostraciones, la inteligencia humana debía rendirse, y, sin embargo, muchos hombres rehusan asentir á esa verdad, atestiguada por pruebas tan luminosas.

El acto de fe mismo, el estado psicológico, intelectual y moral de los hombres y el medio en que hoy se vive; son tres motivos que llevan con frecuencia á la incredulidad.

Sin embargo, hay medios para alcanzar la fe.

Como la ciencia y la filosofía, la moral y la educación, el arte y la política tienen sus procedimientos y sus métodos, la fe también tiene los suyos, y más eficaces que cualesquiera otros.

Al hablar de estos medios de que la fe se vale para inspirar la creencia en la divinidad de Cristo, no excluimos la influencia divina, invisible y sagrada, que envuelve al hombre, ese socorro divino, sobrenatural, que se llama gracia.

Una vez que tenemos la obligación de creer, natural es que exista un medio para adquirir la fe, fuera del medio divino que acaba de enunciarse.

Quien aspire á creer en Cristo, con una fe razonada, tal como la exigen las inteligencias, á las que la cultura ha madurado para la independencia y la libertad, debe ponerse en relación con Cristo, como personaje real é histórico.

Es necesario conocer la vida de Jesús; es necesario leer el Evangelio.

Muchos dicen que leen el Evangelio, pero que no lo entienden.

Un libro puede leerse con espíritu crítico, con imaginación más ó menos sentimental y con conciencia.

Cuando se lee con espíritu crítico, es para juz.



gar; cuando se lee con la imaginación, más ó menos soñadora, es para distraerse; cuando se lee con conciencia, es para mejorar las costumbres y la vida.

Léamos ese libro, que no tiene igual entre los libros que ha producido la humanidad, que transpira en cada una de sus palabras nobleza y sabiduría divina, con razón tranquila y con la conciencia sola.

Leído con este espíritu estemos seguros que, al llegar á su última página, podremos decir como Rousseau: "Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son las de un Dios."

El comercio íntimo de la conciencia con la persona de Cristo por la lectura atenta del Evangelio, no es más que el primer paso para adquirir la fe.

Pero ese paso no basta. Muchos de los contemporáneos de Cristo, que estuvieron en contacto con él, no creyeron en su palabra.

¿Qué debe, pues, hacerse entonces?

Cristo nos enseña el secreto verdadero para creer en él.

"Si alguno quiere venir á mí, decía á sus dis-

cípulos, necesita renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirme."

Es necesario, por lo mismo, que renunciemos á nuestra personalidad, es necesario el sacrificio, simbolizado en su cruz.

Lo que ocupa, lo que llena, lo que tiraniza al hombre, es una complejidad de egoísmos voraces: egoísmos del espíritu en nuestros pequeños sistemas, egoísmos del amor en nuestras pequeñas afecciones, egoísmo de los intereses personales, por los cuales todos luchan, sin que esa lucha valga la pena.

Si queremos seguir á Cristo, es necesario que sacrifiquemos todos estos egoísmos.

La puerta es estrecha en demasía; el camino es áspero; pero el reino de los cielos, no es un reino de inválidos, es un reino de valientes. Sólo los valientes pueden alcanzarlo.

Pero hay un medio para facilitar esa abnegación de sí mismo, esta renuncia de la propia personalidad.

Hay en el Evangelio una palabra profunda que da la clave: «Nadie viene á mí, decía Jesús, si mi Padre no lo atrae»

Y el Padre atrae á todos los hombres: en el fon-



do de la conciencia, que nadie puede cambiar, se siente siempre una aspiración á la verdad sin límites, al bien sin límites, á la belleza absoluta, á la perfección ideal.

Este es el movimiento del Padre que atrae hacia él á toda criatura inteligente, y, por lo mismo, atrae á Jesús que es la realización, bajo una forma humana, del ideal de Dios.

Y atrae de este modo á Jesús, porque Jesús es la efusión del Padre, la belleza, radiante, del esplendor de Dios, oculto bajo la humilde carne del Hijo del hombre.

No sólo de este modo nos atrae el Padre hacia Cristo: se vale también de los grandes y de los pequeños acontecimientos de nuestra existencia para llevarnos á él.

Una afección mal correspondida, un movimiento popular que arraza los tronos y derriba á los soberbios, un accidente inesperado que dispersa los caudales más poderosos, no son otra cosa que la Providencia que pasa para facilitar el sacrificio de las cosas de la tierra y emanciparnos de esa nada por la que tanto suspiramos.

Los incrédulos que pongan en práctica estos

medios, pronto adquirirán la fe, por la cual muchos de ellos suspiran.

Ojalá y los artículos, que hoy terminamos, puedan servir de alguna manera para que las inteligencias alejadas de la fe se acerquen á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida.

Quiera el cielo que nuestros pequeños esfuerzos, consagrados únicamente á la gloria de Dios, logren depositar en esas almas que viven en las sombras de la muerte, un pequeño germen de vida.

Concluida nuestra tarea, exponiendo las pruebas de la existencia de Dios y las que ponen de resalto la divinidad de Cristo, emprenderemos, si Dios nuestro Señor nos dispensa su gracia, la exposición del misterio eucarístico.

FIN DEL TOMO IV



